

Revista cultural electrónica

Construyendo Nuestra  
*Interculturalidad*

Año5. N°5. Noviembre 2009. Lima-Perú.

[www.interculturalidad.org](http://www.interculturalidad.org)



---

## ¿Hay una metodología marxista?: a partir de la primera sección de *El capital* \*

**Guillermo Rochabrún Silva**

Sociólogo

Pontificia Universidad Católica del Perú

[grochab@pucp.edu.pe](mailto:grochab@pucp.edu.pe)

### Marx y la metodología

En todo trabajo científico existe una dimensión “metodológica”. La imagen que comúnmente es evocada cuando se habla de método o de metodología, es la de un conjunto de recursos lógicos-formales y técnicas de conceptualización, obtención, ordenamiento, análisis, explicación e interpretación de informaciones sobre algún aspecto de la realidad, y que guardan una determinada coherencia interna. Por ejemplo, en un diseño experimental, los pasos a seguir incluyen la selección de factores que se supone son causales de algún otro factor, así como pasos para determinar las relaciones que se dan entre todos ellos. Por detrás se encuentran ciertas concepciones de causalidad y explicación, y la búsqueda de un conocimiento

---

\* El presente artículo es la reformulación de una clase del curso Temas de Economía Política ofrecida el 23 de octubre de 1974. Salvo algunas alusiones, toda la exposición se limita a la 1a. Sección del Volumen I de *El capital* y asume que el lector la ha estudiado. La redacción original, publicada en diciembre de 1974, ha sido íntegramente corregida y modificada en algunos puntos centrales. Agradezco a Etienne Henry la discusión que hemos tenido sobre varios aspectos, y muy especialmente a Blanca Cayo y María Gabriela Vega por haber transcrito pacientemente la grabación de la clase.

[Poco antes de que este libro ingresara a imprenta, este y otros textos míos fueron discutidos en la cátedra “Economía Política II” a cargo del profesor Néstor Pablo Lavergne, en la Carrera de Ciencias Políticas de la Universidad de Buenos Aires, por iniciativa suya. Los alumnos me hicieron llegar sus opiniones y diálogos por vía electrónica, y es a partir de su debida consideración que he procedido a realizar diversos afinamientos al texto. A ellos y al profesor Lavergne les quedo muy reconocido].



adecuado a ciertos *propósitos*: la posibilidad de manipular las causas para producir determinados efectos.

Cualquier texto sobre métodos, no sólo de Ciencias Sociales, consta esencialmente de esta problemática: conceptos, hipótesis, indicadores, operacionalización, confiabilidad y validez, causalidad, explicación, etc. Su estudio es lo que se denomina *Metodología*.<sup>1</sup>

Dicho campo es evocado en la Ciencias Sociales cuando nos referimos a la metodología. De ahí que, sobre esta base, cuando se habla de “el método marxista” o “la metodología marxista”, uno tiende a pensar en una respuesta marxista a los problemas de una metodología positivista, y a preguntarse cómo se conceptualiza marxistamente, cuáles son las “técnicas de análisis” marxista, como resuelve el marxismo el problema de la validez, lo cual supone el uso de “indicadores” que operan conceptos teóricos. En suma, terminamos preguntándonos *qué es el método marxista y cómo se aplica*.

La tentación inmediata es la de aceptar los términos impuestos por un campo metodológico positivista para tratar de darles una respuesta “dialéctica” o del “materialismo histórico”. Por positivismo entendemos aquí una perspectiva en la que el método puede aplicarse a cualquier objeto, y por tanto es indiferente al objeto de estudio,<sup>2</sup> que busca reconocer lo existente asumiéndolo como dado y modificable sólo al interior de los límites que impone la mera constatación de dicho existente.<sup>3</sup>

Marx y Engels dirán refiriéndose a la “ideología alemana”:

La crítica alemana no se ha salido, hasta en estos esfuerzos suyos de última hora, del terreno de la filosofía. Y, muy lejos de entrar a investigar sus premisas filosóficas generales, todos sus problemas brotan, incluso, sobre el terreno de un determinado sistema filosófico, del sistema hegeliano. No sólo sus respuestas, sino también los problemas mismos, llevan consigo un engaño.<sup>4</sup>

Lo mismo vale para toda metodología positivista; ella responde adecuadamente —hasta cierto punto— a determinado tipo de problemas de *manejo* de información, cuya matriz social contemporánea es la tecnocracia.

El método se adecúa al objeto de estudio —a la materia— y al *propósito* del estudio. De ahí que cuando nos preguntemos por el “método” marxista debemos precisar cuál es el objeto de estudio y qué busca el marxismo. *El capital* es el terreno por excelencia de esta problemática.

<sup>1</sup> Abraham Kaplan. *The Conduct of Inquiry: Methodology for Behavioral Science*. Chandler Publishing Co. San Francisco, 1964; p. 23.

<sup>2</sup> Abraham Kaplan. *Op. cit.*

<sup>3</sup> Véase Herbert Marcuse. *Razón y revolución*. Alianza Editorial, Madrid, 1971; pp. 331-349.

<sup>4</sup> Karl Marx, Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Grijalbo, Barcelona, 1970; pp. 16-17.



Insisto en este punto porque infinidad de veces uno se plantea problemas de una manera no marxista e intenta resolverlos “marxistamente”: ¿Cómo “operacionalizar” el valor y como “medirlo”? ¿Cómo calcular el plusvalor?, etc. De este modo se piensa en términos de una idea, de un “concepto teórico” situado por encima de la realidad empírica, el cual debemos descomponer en indicadores que encuentren en los datos determinado tipo de equivalentes.

Tal es la trampa científicista en la que uno tiende a caer cuando se sitúa ante el marxismo como frente a una ciencia académica, como una posible fuente de respuestas a problemas escolásticamente planteados. Lo cual entraña situarse frente al marxismo según su capacidad para responder a problemas que no son suyos. Se saldrá bastante mal parado en esta empresa, porque no puede responderse adecuadamente a problemas que están mal planteados. Esta frustración se refuerza mediante la búsqueda afanosa e infructuosa de textos “clásicos” o contemporáneos que se refieran al “método” como algo aislable, como una cosa, como un objeto que pudiera existir en sí mismo, en su pura sustancialidad metodológica, a imagen y semejanza de la perspectiva metodológica positivista. En ella pueden existir libros de metodología que no dicen explícitamente ni “a” sobre la teoría ni sobre la realidad. Y viceversa. ¿Es eso posible al interior del marxismo? <sup>5</sup>

A esta pregunta debemos contestar contrastando la experiencia metodológica que se va desarrollando con el estudio de *El capital*. Por consiguiente, ¿en qué puede consistir su problemática metodológica, en lo que ella puede manifestarse en los tres primeros capítulos del primer tomo?

Es muy significativo que casi nunca Marx se haya ocupado de “problemas metodológicos”, tomándolos por sí mismos y en sí mismos. Los textos que parecen pertinentes son muy escasos y fragmentarios, y como puede comprobar quien haya intentado estudiarlos “en frío”, poco o nada es lo que orientan sobre la construcción o elaboración del conocimiento, incluso acerca de los procedimientos del mismo Marx.<sup>6</sup>

Ahora bien, los “procedimientos” son siempre procedimientos para hacer algo; en el caso de Marx, ¿en qué consiste ese algo? Esto puede determinarse únicamente a través del conocimiento del objeto. Y es que el método es un derivado implícito en —y de— el objeto.

<sup>5</sup> Los intentos de hacer competir al marxismo en el terreno del positivismo son numerosos; generalmente llevan el título de “lógica dialéctica”.

<sup>6</sup> Estamos pensando sobre todo en el famoso fragmento “El método de la Economía Política”. Oscuro, prácticamente ininteligible, y como “método” impracticable. Marx había advertido lo siguiente en el “Prefacio” a *Contribución a la crítica de la Economía Política*: “Suprimo una introducción general que había esbozado; prescindo de ella porque, habiendo reflexionado, me parece que adelantar resultados que es necesario demostrar primero sólo puede molestar”. La precaución estaba plenamente justificada. Una ilustración sustantiva de algunos aspectos de este “método” puede verse en *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política*. Vol. I, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971; pp. 177-195. Es a partir de ahí que el método recién puede ser comprendido.



Si todo método es un método para algo; si está en relación con determinado objeto de estudio y en función de propósitos determinados —y si el mismo objeto está definido en correspondencia con éstos—, si la metodología científicista está hecha de acuerdo con propósitos que en general son propósitos tecnocráticos de manipulación de la realidad; si los propósitos marxistas son otros, ¿en qué consiste la problemática metodológica que ésta en *El capital*?

Como decíamos anteriormente, esta pregunta supone una pregunta previa: ¿cuál es su objeto de estudio? ¿Qué buscaba Marx expresar en él?

Lo que he de investigar en esta obra es el *modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio* a él correspondientes (p. 6).<sup>7</sup> En sí, y para sí, no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado, en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de *estas leyes mismas*, de esas *tendencias* que operan y se imponen con férrea necesidad (p. 7).

La definición del objeto incluye ya una perspectiva, inherentemente. Marx no define como su objeto de estudio la sociedad en general, ni la “sociedad contemporánea”, ni la “sociedad industrial”, sino la sociedad *capitalista* y el movimiento fundamental de esa sociedad. En suma: “*sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad capitalista*” (p. 8).

El método por consiguiente tiene que adecuarse al objeto —en este caso, una forma económica históricamente dada, entendiéndola consistentemente como una realidad social— y muy en particular al *propósito*: comprender dicho objeto en sus últimas raíces, en sus cimientos fundamentales. ¿Qué método se adecúa a estas exigencias?

Antes de pasar a examinar esto es preciso hacer dos aclaraciones. En primer lugar, la perspectiva con la cual *el objeto* de estudio fue visto por Marx no es ni la única, ni las diferencias con otros enfoques son siempre fáciles de establecer. Lo cierto es que estas diferencias pueden y deben quedar establecidas. Un caso particularmente relevante es el análisis de la sociedad capitalista como *sociedad industrial*, que se inicia con Saint-Simon. Dicha perspectiva conlleva pensar esta época a través de una rama de las actividades económicas y sobre todo, por un determinado nivel y tipo de desarrollo de la tecnología; es decir, a partir de las cosas, y no a partir de las relaciones sociales entre los hombres. Por un lado Saint-Simon será un jalón importante en el desarrollo del socialismo utópico y del mismo Marx, y en el desarrollo de la sociología, por otro. La sociología desarrollará ampliamente la problemática de la sociedad industrial, especialmente desde hace un cuarto de siglo.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> En el resto del artículo las citas irán seguidas de la numeración de página correspondiente a la edición de *El Capital*. Tomo I, 4ª edición, Siglo XXI, México, 1976.

<sup>8</sup> Sobre Saint-Simon en relación a esta problemática véase, Aníbal Quijano. “Imagen Saintsimoniana de la Sociedad Industrial”. *Revista de Sociología* 1964, vol. 1, N° 1. Lima: UNMSM; pp. 47-85. Expresión de la ideología industrialista en la sociología es el libro de Clark Kerr, *et al. El industrialismo y el hombre industrial*. EUDEBA, Buenos Aires, 1963; esp. cap. II. Un ejemplo de la influencia explícita de esta ideología en ciertos círculos empresariales peruanos puede verse en la intervención de Samuel



La distinción entre el campo teórico de la “sociedad capitalista” y el de la “sociedad industrial” es de crucial importancia. Ahí se juega la posibilidad de diferenciar una sociedad socialista, diferente a la sociedad capitalista no obstante poseer el mismo nivel y tipo de tecnología. La base teórica es en un caso la comprensión de la técnica como factor causal, mientras que en el otro son las relaciones sociales. Para Marx, las determinaciones fundamentales de la sociedad son los hombres mismos y las relaciones sociales que éstos definen y que los definen a ellos; es al interior de esta perspectiva que el fenómeno tecnológico puede encontrar una comprensión adecuada, y no al revés.<sup>9</sup>

En segundo lugar, en cuanto al *método* es muy importante remarcar la distinción que hace Marx entre método de investigación y método de exposición.

[...] el modo de exposición debe distinguirse en lo formal, del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan sólo después de consumada esta labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real. Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística (p. 19).

La relevancia de esta distinción para nosotros es que lo que extraemos de *El capital* en el plano metódico es *fundamentalmente* la manera de develar el objeto, el modo de ir recorriendo los velos sucesivos que así como lo ocultan, forman parte de él: *la abstracción*. La ubicación recíproca entre investigación y exposición no es simple; sin embargo, lo que aquí debe tenerse en cuenta es que se trata en ambos casos de la investigación de la realidad mediante la abstracción, y de la exposición de dicha abstracción. “Cuando analizamos las formas económicas [...] no podemos servirnos del microscopio ni de reactivos químicos. La facultad de abstraer debe hacer las veces de uno y de los otros” (p. 6).

A qué *tipo* de abstracción se está refiriendo, es un problema fundamental a explorar; ahí se juega la correspondencia con el propósito de la investigación: buscar los *fundamentos* de una etapa histórica, sumergirse en la empiria de los fenómenos exteriores, y abstraer a partir de ellos las determinaciones fundamentales del todo. En este proceso, el método no existe por afuera del contenido; es la manera cómo el mismo contenido va revelándose y asumiendo una forma racional a través de la investigación. Varias conclusiones emergen de aquí.

En primer lugar, no es ni deductivo ni inductivo. Deducción e inducción se refieren al paso de un nivel de *generalidad* a otro, pero generalidad y abstracción son dos

---

Drassinower en CADE 1969, reproducida en *Revolución industrial*, que recopila discursos de este empresario. Ver especialmente pp. 183-188. Minerva, Lima; 1974.

<sup>9</sup> Véase el volumen *La división capitalista del trabajo*. Cuadernos de Pasado y Presente 1972, N° 32. Córdoba, Argentina.



planos del razonamiento muy diferentes entre sí.<sup>10</sup>

En segundo lugar, el orden de la investigación será muy diferente al de la exposición, y sus relaciones recíprocas podrán variar apreciablemente según los casos.

Comencé *El capital* para mí, siguiendo en sus capítulos un orden inverso (comenzando por la tercera parte, la parte histórica) al que es presentado al público, con la sola restricción de que el primer volumen —con el que me había metido en último término— quedó inmediatamente preparado para la imprenta, mientras que los otros dos se han quedado en su forma no desbastada, que es, al principio, la de toda investigación.<sup>11</sup>

En tercer lugar, el método no puede extraerse del contenido para ser “aplicado” a cualquier otro objeto. Lo único que se puede hacer en la medida en que uno conozca el contenido empírico mismo, es proyectar ambos —objeto y método— a nuevos contenidos. El no poder desgajar el método sin destruirlo y desfigurarlos se debe a su compenetración, a su consustancialidad con el objeto. La tentación positivista, como lo hemos señalado, buscar aislarlo y manejarlo como un objeto en sí.

En síntesis, el “método” no es una *cosa* sino un momento, una dimensión del pensamiento activo que busca apropiarse del objeto. De ahí que propugnemos denominarlo *metódica*. Gramaticalmente el término es un adjetivo sustantivado; denota una característica, una cualidad que sólo puede darse al interior de una totalidad sustantiva, y que de manera transitoria —momentáneamente, dimensionalmente— se convierte en un objeto centro de atención, sin convertirse en un objeto en sí. Lo contrario es la sustantivación —cosificación— del método: el positivismo.

## Aspectos metódicos de *El capital*

### I. Conceptos y determinaciones: la noción de “valor”

El capítulo I empieza con la célebre frase “La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías”. Estas mercancías tienen que intercambiarse como equivalentes; es decir, se igualan. Lo que las define como mercancías es ante todo, que se producen para ser intercambiadas, lo cual supone una producción y una división del trabajo. Y buscan intercambiarse por lo que ambas *valen*; o sea, en condiciones de igualdad. ¿Cuál es el

<sup>10</sup> Menciono el tema en “Los estilos de trabajo en sociología” (mimeo 1972), si bien buena parte de las ideas ahí adelantadas no me son ya satisfactorias.

<sup>11</sup> Carta de Marx a S. Schott, 3 de noviembre de 1877. Karl Marx, Frederic Engels. *Cartas sobre El capital*. EDIMA, Barcelona, 1968; p. 219. Sobre el problema de las secuencias conceptuales son muy pertinentes las apreciaciones iniciales en “El método de la economía política”. Su “inaplicabilidad” desde un ángulo positivista se manifestó cuando después de haberlo expuesto un alumno se animó a preguntar —intrigado— “cómo se usa...”.



terreno sobre el que se mide esa *igualdad*? ¿Qué tienen de común esas mercancías?

Tienen en común sólo dos cosas: son productos útiles (tienen un valor de uso), y son producto del trabajo. En cuanto a su utilidad, las mercancías son diferentes entre sí; tienen en común ser útiles, pero su utilidad es diferente en cada caso, pues de lo contrario no se intercambiarían. De ahí que no es en el terreno del *valor de uso* donde encontramos la base común para el cambio de las mercancías. Es una base necesaria, sí, pero no es *la* base del cambio.

Así también se establece que no son las características *físicas* —que constituyen el valor de uso— las que dan cuenta de la equivalencia. Queda por tanto sólo el otro punto en común: el ser productos del trabajo. Pero así mismo, no pueden igualarse en cuanto que son resultado de trabajos concretos diferentes —hilar y aserrar, por ejemplo— sino en cuanto que son productos del gasto de energía humana, del consumo de *fuerza de trabajo*. La actividad concreta, en tanto que conlleva el gasto de fuerza de trabajo socialmente homogénea es *trabajo abstracto*.

Dos consecuencias interrelacionadas emergen a partir de lo dicho. Por un lado, el problema es situado en la esfera de las relaciones sociales: aun cuando la producción se realiza solamente mediante productores individuales, *privados* —téngase en cuenta que estamos en la producción simple de mercancías— las mercancías de cada uno tendrían que ser útiles para los demás, e inter- cambiables en razón del trabajo que contienen. En otros términos, tienen que ser valores de uso *sociales*. De esta manera, tras la apariencia cosificada (las mercancías como objetos) encontramos un plano subyacente: las relaciones sociales; tras el análisis de Marx, las mercancías ponen de manifiesto un significado social. Encontramos que la mercancía es una *forma* social.

Así mismo esto entraña un doble proceso de *abstracción*:

1. Se rompe la apariencia cosificada de la realidad para alcanzar un plano específicamente social. Más allá del *objeto* mercancía encontramos la forma — *social*— mercancía.
2. Este plano es tan *real* como el primero. No obstante que no es empíricamente visible nos permite encontrar elementos fundamentales explicativos de los fenómenos empíricos: los factores subyacentes que los determinan, las *determinaciones*. Esta noción es clave, pues nos permite alejarnos de la problemática de los “conceptos”.<sup>12</sup> Veamos.

Hemos encontrado el fundamento del valor de cambio en el trabajo, *actividad* que

---

<sup>12</sup> Marx dirá respondiendo a Adolph Wagner: “[...] yo no parto de ‘conceptos’, ni por lo tanto del ‘concepto’ de valor [...] De donde yo parto es de la forma social más simple en que se presenta el producto del trabajo en la sociedad actual”. “Glosas marginales al *Tratado de economía política de Adolph Wagner*”. En Maurice Dobb, *et al. Estudios sobre “El capital”*. Editorial Signos, Buenos Aires, 1970; p. 176.



consiste en el gasto de fuerza de trabajo, la *capacidad* de trabajo de una sociedad, cuya incorporación en una mercancía se expresa en el tiempo, en la duración o fracción de esa capacidad productiva que es incorporada en ella.

Atravesamos de esta manera diversos planos de lo real; alcanzamos niveles cuyo significado teórico recién aparece, pero que a la vez son planos respecto a los cuales tenemos experiencia directa: el trabajo como actividad concreta, la capacidad de trabajar; el tiempo. Es decir, si bien llegamos a nociones “abstractas” éstas no son producto de la especulación, no nos alejan “hacia arriba”, del mundo real, sino que nos conducen más bien “hacia abajo”, sumergiéndonos en otras dimensiones de lo real. Encontradas a partir de lo empírico, pero que organizan dicha empiria de modo de poder atravesarla sin alejarnos de su contenido; por el contrario, nos sumergimos en ella. Lo *empírico* deja así de ser una simple sensación aislada y carente de significado, y se irá transformando en lo concreto, sufre una *metamorfosis*: nos conduce a nuevos aspectos ya con-tenidos en lo real, y no a “cosas” separadas de éste.

Por ejemplo, es claro que no se está examinando tal o cual mercancía en particular. Se está estudiando los productos en general, en cuanto a su condición de ser mercancías: la *forma* mercancía. Esta condición es ya una *determinación*, un modo de ser de los objetos. Se trata de la primera determinación, la más inmediata, la más exterior. Sin embargo, situarla para someterla a un examen ya significa un primer nivel de abstracción: ubicar las características inherentes de este modo de ser.

Así, la teoría opera como la expresión en el pensamiento de lo más fundamental, de lo más real que existe, y que por lo tanto es el polo opuesto de la especulación. Es la expresión articulada del conjunto de determinaciones —fundamentos— de una realidad históricamente dada, de las circunstancias recurrentes y cambiantes en su recurrencia, en que una determinada historia consiste.

Vemos pues que no es un procedimiento inductivo ni deductivo; no se trata de ascender de la empiria a la idea ni de bajar de ésta a los “datos”. Se trata de captar la realidad en cuanto a su modo de ser, en cuanto a su *materialidad*, y por lo tanto de ir pasando de los planos empíricos de lo real a los planos fundamentales de lo real.

De ahí que otorguemos tal importancia a la noción de *determinación*, frente a la problemática de los conceptos. La noción de “concepto” evoca un plano puramente ideal, especulativo, en el que los rasgos empíricos son conectados exteriormente, según relaciones observadas también empíricamente. Así se construyen definiciones cuyo contenido está fuertemente cargado de ideología, la cual tiene campo libre en la medida en que la postura es empirista. En ella la distinción que separa y opone la realidad —“los datos”— a “las ideas” se encuentra en un callejón sin salida respecto a la correspondencia entre ambos planos: el problema de la *validez* de los indicadores.

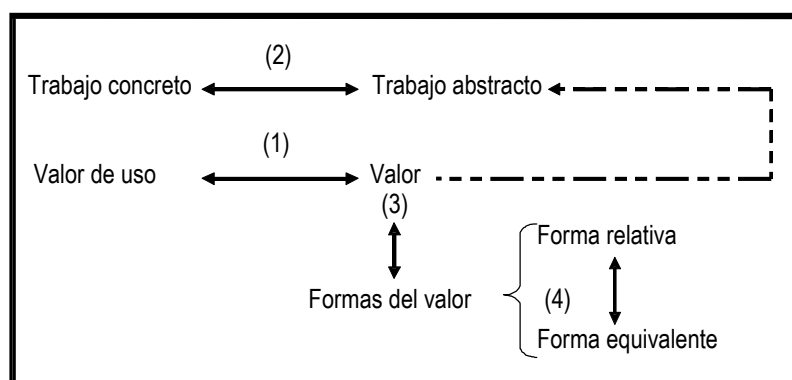
Evidentemente, las determinaciones al igual que los conceptos también se tienen que





expresar con palabras y tienen que ser pensados con el pensamiento —valga la redundancia—, pero hasta ahí la semejanza es puramente formal porque son concepciones opuestas en cuanto a qué es una teoría y cómo se sitúa frente a la realidad: la manera como “las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento”.<sup>13</sup> Más adelante veremos que las determinaciones, a diferencia de los conceptos positivistas, están internamente unidas entre sí en una totalidad, por lo que cada determinación es totalizante.

Es importante mencionar de paso que el marxismo estructuralista está inyectado de positivismo, y esto se manifiesta de múltiples maneras. Una de ellas es la separación tajante que hace entre objeto de conocimiento y objeto real,<sup>14</sup> y de modo equivalente entre los “conceptos” y las “cosas”. Así, François Chatelet decía que para él las clases sociales eran un concepto y no un hecho, porque nunca se había encontrado con una de ellas.<sup>15</sup>



## II. Estructura, desarrollo y encadenamiento de las formas

Habiendo expuesto la “célula teórica” del razonamiento marxista es preciso explorar su constitución interna. Un primer rasgo la caracteriza, y es su conformación polarizada. Obsérvese los cuatro pares de términos del siguiente esquema:

Estas polaridades están inherentemente conectadas, constituyen lados opuestos de una misma realidad. Ésta no puede darse sin la polarización, ni cada polo puede existir separado del otro; a la vez se atraen y se oponen en esa atracción. (Las oposiciones no

<sup>13</sup> Karl Marx. *Elementos fundamentales... op. cit.*, p. 21.

<sup>14</sup> Louis Althusser y Etienne Balibar. *Para Leer “El capital”, op. cit.*, pp. 46-52.

<sup>15</sup> François Chatelet. *Dialectique Marxiste et Pensée Structurale: Tables Rondes à Propos des Travaux d’Althusser*. Les Cahiers du Centre d’Etudes Socialistes 1968, N° 76-81; p. 191. El estructuralismo merece más atención y respeto, pero aquí nos interesa sobre todo destacar su carácter falaz.



tienen el mismo carácter, puesto que el contenido o significado de los términos no es el mismo, pero ahora no podemos más que mencionar esta circunstancia).

Toda mercancía tiene dos aspectos, hemos visto: es un objeto útil y se intercambia; en otros términos, es un valor de uso y un valor de cambio. Pero esto no es totalmente cierto, dirá Marx: es un valor de uso y un valor, y éste se manifiesta mediante una *forma* específica, en el cambio. Esto nos conduce a distinguir entre el valor y la forma del valor.

¿Cómo aparece esta última distinción? Si las mercancías son iguales entre sí, si se igualan en el cambio, lo hacen en un terreno que *se expresa* en el cambio, pero que evidentemente no deriva de él. En el intercambio encontramos expresada la igualdad, pero ésta no es fruto del cambio: antecede a éste y se expresa en él. Ese terreno es el valor, directamente relacionado al hecho que las mercancías son producto del trabajo.

Esta distinción permite a Marx centrar su atención en la *forma del valor* y en el desarrollo de ésta. El punto es extremadamente importante porque nos conduce a una nueva determinación —*el dinero*— que se desprende del pleno desarrollo de la forma del valor. Ella empieza con la forma simple, por la cual una mercancía expresa su valor en el valor de uso de otra mercancía, y termina en la forma dinero, en la que una mercancía se ha especializado de modo que su (único) valor de uso consiste en expresar el valor de las otras mercancías (cap. III, sección 1).

Aquí entramos en una nueva fase: ya no es simplemente que la mercancía tiene el doble carácter mencionado sino que *sobre esa base* el valor de cambio como tal se encarna en una mercancía, despojando a todas las demás de la función de equivalente, y confinándolas al valor de uso. Lo que empezó siendo una *distinción* analítica termina siendo la *separación* de dos objetos, no obstante lo cual cada uno de ellos sigue teniendo el doble carácter de toda mercancía. Pero mientras queda toda mercancía tiene valor de uso y valor de cambio, el dinero tiene un valor de uso *que consiste en* expresar el valor de cambio.

El capitalismo presupone el pleno desarrollo del intercambio de mercancías, y el desarrollo teórico de la forma del valor es la expresión del despliegue de ésta en el capitalismo. De ahí que la forma simple sea la forma rudimentaria (la estructura de determinaciones más elemental) de la forma histórica más desarrollada del intercambio. El desarrollo teórico, la “génesis conceptual” de la forma dinero sólo puede darse cuando ésta existe ya plenamente afirmada en la realidad. Sin embargo, este desarrollo teórico no recorre el desarrollo histórico de la mercancía más que alusivamente; por eso, a modo de ejemplo, la “forma simple” no es similar a la que asumiría en el trueque: en éste no hay una comparación buscando equivalencias entre dos “valores de cambio”; en modo alguno aquí un valor de cambio se expresa en un valor de uso (p. 108). El desarrollo histórico es un asunto muy diferente a este



nivel de la exposición; hasta aquí Marx simplemente expone las más elementales determinaciones del intercambio capitalista. Es decir, su campo de estudio es una época históricamente dada, pero no está exponiendo todavía las determinaciones centrales que darán cuenta del movimiento histórico de la sociedad capitalista (la fuerza de trabajo como mercancía, el plusvalor, el capital). La historia irá apareciendo de manera más concreta.

Sin embargo, el papel que cumple la forma simple es trascendental. Por un lado nos determina los aspectos más fundamentales del dinero, aquellos que están a la base de las diversas funciones que éste va a cumplir, y lo hace planteando las condiciones históricas a cuyo interior éste se da. Así ilumina las condiciones para su superación.

Pero además nos revela un hecho fundamental del intercambio: el acto singular del intercambio empieza con una mercancía y termina con otra mercancía ( $M_1 - M_2$ ). Es decir, comprende el intercambio de dos valores de *uso*. Si introducimos el dinero veremos que el doble intercambio que antes se daba en *una* sola transacción –y que por tanto constituye una unidad– ahora necesita de dos transacciones:  $M_1 - D$ ;  $D - M_2$ . Si considerásemos al dinero como una mercancía más, la analogía con el cambio simple quedaría completa con  $M - D$ . Pero esto no es posible por la *naturaleza* del dinero, pues éste no posee un valor de uso ajeno a sus funciones.

Esta naturaleza es explicitada a fondo en el cap. III de *El capital*, cuando se exponen las funciones del dinero y el encadenamiento necesario de éstas.

En primer lugar el dinero aparece como *medida* de los valores: se ubica frente a una mercancía y refleja su valor. Es una función de “espejo” en la que el dinero permanece pasivo frente a la mercancía: dinero ideal.

Pero acto seguido se convierte en un medio de intercambio: ya no queda simplemente al frente de la mercancía, sino que cambia lugares con ella y sufre una primera metamorfosis (p. 129). Aquí ya no actúa como espejo sino como cosa material. Es el caso del ciclo  $M_1 - D - M_2$ , que detallábamos anteriormente. Sin embargo, los dos momentos del ciclo —la venta y la compra— ahora son autónomos: el portador de la primera mercancía la intercambia por dinero, pero puede quedarse indefinidamente con él antes de proceder a intercambiar la segunda mercancía. Y esta interrupción del circuito abre la posibilidad de crisis (p. 138-139).

Finalmente esa misma interrupción da paso a que el dinero funcione como medio de pago:

Retornemos a la esfera de la circulación mercantil. Ya no se produce la aparición simultánea de los equivalentes, mercancía y dinero, en los dos polos del proceso de la venta. Ahora, el dinero funciona primero como medida de valor, al determinar el precio de la mercancía vendida. Ese precio, fijado contractualmente, mide la obligación del comprador, esto es, la suma de dinero que el mismo debe pagar en el plazo estipulado.



Funciona, en segundo lugar, como medio ideal de compra. Aunque sólo existe en la promesa dineraria del comprador, hace que la mercancía cambie de manos. Sólo al vencer el plazo convenido, el medio de pago entra efectivamente en la circulación, es decir, pasa de las manos del comprador a las del vendedor. El medio de circulación se transformó en tesoro porque el proceso de circulación se interrumpió en la primera fase, o, dicho de otra manera, porque se sustrajo a la circulación la figura transmutada de la mercancía. Si bien el medio de pago ingresa a la circulación, ello ocurre después que la mercancía se ha retirado de la misma. El dinero ya no es el mediador del proceso. Le pone punto final, de manera autónoma, como existencia absoluta del valor de cambio o mercancía general. El vendedor convierte la mercancía en dinero, para satisfacer con éste una necesidad; el atesorador, para conservar la mercancía bajo forma dineraria; el comprador endeudado, para poder pagar. Si no lo hace, se efectúa la venta judicial de sus bienes. La figura valor característica de la mercancía, el dinero, se convierte ahora, obedeciendo a una necesidad social derivada de las circunstancias del proceso mismo de circulación, en fin último de la venta (p.166).

Habiendo empezado con la simple distinción al interior de la mercancía entre valor de uso y valor (de cambio), nos encontramos ahora con una *nueva* determinación, que no obstante posee las propiedades de la determinación básica —la mercancía—, de la cual es sólo una forma peculiar a la vez que la extiende y complementa. El dinero no se puede entender sin la mercancía, y ésta no puede desarrollarse si no se desdobra en mercancía y dinero.

Pero más aún, el dinero cumple diversas funciones que son encontradas y expuestas en un orden en el que cada nueva función otorga al dinero una mayor materialidad y autonomía, una mayor sustancialidad inherente. Esta última es la forma como el dinero aparece en la conciencia de los agentes económicos. El análisis de la mercancía nos revela que el dinero es sólo una forma peculiar de ella que consiste en la unilateralización del valor de cambio o forma del valor. De ahí que, no obstante su materialidad autónoma, pueda descubrirse su unidad contradictoria con las mercancías a través del doble carácter de éstas.

El desarrollo teórico seguido permite llegar a otros fenómenos como el atesoramiento y el crédito. No obstante, no se ha agregado ningún elemento “desde afuera”. Dicho desarrollo es el desenvolvimiento analítico de la más elemental determinación de la sociedad capitalista, a través de un proceso de *abstracción* de aspectos, dimensiones e interrelaciones de fenómenos incluidos en la mercancía, en la *condición de mercancía* que posee la “riqueza” de la sociedad capitalista.

Lo que emerge a través del proceso de abstracción es, por consiguiente, el desarrollo de las determinaciones, la formación de nuevas determinaciones a partir de las anteriores, y el encadenamiento teórico de las mismas, sin fisuras ni discontinuidades: un encadenamiento totalizante.

Esto ha sido posible por la *estructura polar* de las determinaciones. Los lados de la polaridad han ido independizándose al ir desarrollando paulatinamente su propia



materialidad. Así, el dinero aparece como la cristalización de la forma general del valor (cap. I), pero luego (cap. III) va adquiriendo una mayor consistencia propia, va emergiendo como “cosa en sí”; en tal sentido como medio de pago implica una separación (relativa) frente a las mercancías: la deuda es un intercambio sin contrapartida efectiva; el crédito y su desarrollo entraña un divorcio entre mercancía y dinero. El desarrollo de la forma mercancía sienta las bases de la crisis, cuando el dinero actúa como medio de pago.

### III. El carácter contradictorio de las determinaciones

Es la estructura polarizada de las determinaciones lo que ha permitido su desarrollo y encadenamiento. Así, las imperfecciones de las formas menos desarrolladas del valor han dado paso a las formas más desarrolladas —recordemos siempre que se trata de la “génesis teórica” del valor, y no de su desarrollo histórico.

Ahora bien, ese mismo carácter polar es el germen de las contradicciones de todo el sistema, las cuales se desarrolla junto con éste.

En un comienzo las mercancías entran en el proceso de intercambio sin un baño de oro, ni de azúcar, tal como fueron creadas. Dicho proceso suscita un desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero, una antítesis externa en que aquélla representa su antítesis inmanente de valor de uso y valor. En esa antítesis las mercancías se contraponen como valores de uso al dinero como valor de cambio. Pero esta unidad de elementos diferentes se representa inversamente en cada uno de los polos y refleja a la vez, por ende, la relación recíproca que media entre ambos (pp. 127-128).

Nadie puede vender sin que otro compre. Pero nadie necesita comprar inmediatamente por el solo hecho de haber vendido [...] Si la autonomización externa de aspectos que en lo interno no son autónomos, y no lo son porque se complementan uno a otro, se prolonga hasta cierto punto, la unidad interna se abre paso violentamente, se impone por medio de una crisis. La antítesis inmanente a la mercancía, —valor de uso y valor, trabajo privado que a la vez tiene que presentarse como trabajo directamente social, trabajo específico y concreto que al mismo tiempo cuenta únicamente como general y abstracto; personificación de la cosa y cosificación de las personas— esa contradicción inmanente, adopta sus formas más evolucionadas de movimiento en las antítesis de la metamorfosis mercantil. Estas formas entrañan la posibilidad, pero únicamente la posibilidad, de la crisis (pp. 138-139).

La función del dinero como medio de pago trae consigo una contradicción no mediada [...] Dicha contradicción estalla en esa fase de las crisis de producción o comerciales que se denomina *crisis dineraria* [...] En la crisis, la antítesis entre la mercancía y su figura de valor, o sea el dinero, se exagera, convirtiéndose en contradicción absoluta (pp. 168-169).

La misma especialización del dinero como única mercancía que es capaz de expresar el valor de cambio, y que por lo tanto permite generalizar el intercambio y



desarrollarlo al máximo, es también el fundamento de las contradicciones del sistema cuya máxima expresión son las crisis. Por ahora, Marx hablará sólo de las crisis monetarias, puesto que en la Ia. Sección el tema central es el intercambio y el dinero, y no la producción. Ésta aparecerá sistemáticamente recién en la Sección III.

De ahí que, las “perturbaciones” en la marcha de la vida económica no se deban a “fallas” más o menos accidentales o que provengan de factores externos a la vida económica, sino que emergen de la misma base que conforma su funcionamiento cotidiano y “normal”. La identificación de estas contradicciones como contradicciones internas, inherentes, inevitables, es el fundamento científico de una postura crítica radical —de raíz— frente al sistema.

Es preciso poner de relieve con especial atención que en rigor las contradicciones son internas (se trata del desgarramiento de dos extremos que se reclaman y se repelen obligadamente), inherentes. Decimos esto pues es muy común utilizar el término espúreamente para referirse a conflictos más o menos contingentes que no están ubicados a nivel de las determinaciones de una situación dada, sino a fenómenos empíricamente visibles de ésta. La relación teórica entre contradicciones y conflictos es un tema de capital importancia política en el que no podemos entrar ahora.

La simple negación deviene en contradicción. Así, para intercambiar mercancía hay que abstraer de ellas su valor de uso, prescindir de él, negarlo, a la vez que en él se apoya el valor. La distinción entre mercancía y forma general del valor, hasta sustancializar a ésta en un objeto diferente —el dinero— permite que se interrumpa la circulación simple de mercancías —M —D —M— lo cual a la vez de la posibilidad de la crisis así como el inicio del ciclo del capital: D-M-D’. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro pueden darse a nivel de una sola transacción.

#### **IV. Contradicción y totalidad**

La crisis sólo puede darse cuando la interrupción del curso del dinero afecta a una *sociedad* históricamente dada. Este es quizá el más inmediato sentido de la noción de totalidad, aunque como lo hemos sugerido en otros pasajes, de ningún modo es el único al interior del pensamiento marxista.

Aquí surge la necesidad de incluir el dinero como *masa monetaria*. Evidentemente ello no tiene sentido al interior de una transacción aislada, pero es imprescindible a nivel de la sociedad en su conjunto. Notemos, dicho sea de paso, que la masa monetaria es una determinación “nueva”, que a partir de uno de los aspectos de las determinaciones anteriores emerge al considerar el problema a nivel de la totalidad social. Así también aparece la *velocidad de circulación* sobre la base, ya establecida, que cada pieza de dinero circula múltiples veces, y que siempre está en manos del comprador en la circulación —nunca fuera de ella (en el consumo).<sup>16</sup> Es tan solo un cambio en la

<sup>16</sup> Véase en el cap. III, de *El capital* “el curso del dinero”.



*amplitud* con que el fenómeno es considerado —no en la abstracción— lo que da lugar a este enriquecimiento de las determinaciones (pp. 146 y 150).

La contradicción, por lo tanto, se presenta de manera práctica únicamente a nivel del conjunto. Este primer significado de la totalidad se sitúa en el terreno de los límites de un sistema; la contradicción es aquí la puesta en tensión, el proceso de agotamiento de dichos límites.<sup>17</sup>

## V. *Teoría e historia*

Historia y abstracción parecen ir por caminos separados, incluso en *El capital*, y esta apariencia a menudo termina por imponerse en ciertas interpretaciones. No es posible desentrañar totalmente la compleja interpenetración que se da en *El capital* entre ambos niveles si nos limitamos a esta primera sección. Sin embargo, ya en ella aparecen aspectos fundamentales.

Para empezar, Marx explícitamente limita su investigación a reproducir en el pensamiento las leyes que rigen el movimiento real de una *época histórica*; en esta sección analiza el fenómeno mercancía *tal como se da en el capitalismo*, y en modo alguno la mercancía “en general”.

En segundo lugar, las referencias históricas son permanentes a lo largo de los tres capítulos, y en especial en el cap. II. Ahora bien, estas incursiones no son todas del mismo tipo, pero en general cumplen funciones precisas: sitúan los orígenes o algunos aspectos del desarrollo histórico de las determinaciones teóricas, tal como es el caso del intercambio (cap. II). O van dando cuenta de la *historia de la teoría*, como expresión de intereses de clase específicos; a dicha historia Marx iba a dedicar el tomo IV, hoy conocido como *Historia crítica de las teorías del plusvalor*.<sup>18</sup>

En tercer lugar —y esto es quizá el mejor logro desde el ángulo científico del conocimiento— la historia está presente en tanto que la teoría es expresión del movimiento de una estructura en movimiento; ese movimiento es su historia. Las determinaciones se desarrollan —se despliegan, se enriquecen— en una dirección

<sup>17</sup> Este es el mecanismo que aparece por ejemplo, en el tomo III al finalizar la sección II del cap. XV, cuando Marx dice: “La acumulación del capital, considerada con arreglo al valor, resulta enlentecida por la disminución de la tasa de ganancia, para acelerar aún más la acumulación del valor de uso, mientras que ésta, a su vez, imprime un movimiento acelerado a la acumulación con arreglo al valor. La producción capitalista tiende constantemente a superar estos límites que le son inmanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aún más formidable El *verdadero límite* de la producción capitalista lo es el *mismo capital*”. Véase también la sección I. Pero la totalidad también debe entenderse como una condición del conocimiento concreto. Cfr. Karel Kosík. *Dialéctica de lo concreto*, “La totalidad concreta”. Grijalbo, México, 1967; esp. pp. 55, 61 y 63. También Pierre Fougereyrollas. *Contadiction et Totalité: Surgissement et Déploiements de la Dialectique*. Les Éditions de Minuit, París, 1964. En cuanto a las múltiples nociones o significados específicos del término “contradicción” en Marx es muy importante Jindrich Zeleny. *La estructura lógica de El capital de Marx*. Grijalbo, Barcelona, 1974; pp. 133-134.

<sup>18</sup> Véase la carta de Marx a Engels del 31 de julio de 1865.



definida: van abarcando y organizando nuevos fenómenos reales. Es decir, nunca nos encontramos con el problema de saber a qué fenómeno real corresponde tal o cual desarrollo teórico. Lo que guía a éste es el ir haciendo inteligibles los *fenómenos históricos*. La teoría es la expresión abstracta de un proceso histórico, historia condensada.

De este modo, además, la historia no es pura y simplemente “el pasado”: la historia es la forma misma de apreciar la realidad social más allá de superficiales distinciones cronológicas. Para la clase burguesa “hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay”.<sup>19</sup> Pero la interpenetración de teoría e historia no es un simple problema teórico, sino que tiene consecuencias para la unidad de teoría y práctica. Comentando la anterior cita de Marx, Lukács dirá:

[...] esta esencia anti-histórica del pensamiento burgués se nos presenta del modo más craso al considerar *el problema del presente como problema histórico* [...] Este completo fracaso [...] tiene [...] su fundamento metódico en el hecho de que el comportamiento contemplativo e inmediato produce precisamente entre el sujeto y el objeto del conocimiento aquel intersticio irracional “oscuro y vacío” del que habló Fichte, oscuridad y vaciedad presentes también en el conocimiento del pasado, pero encubiertas en ese caso por la lejanía espacio-temporal, histórica-mente, mientras que cuando se trata del presente aparecen con toda claridad [...] los dos extremos en que se polariza la incapacidad del comportamiento contemplativo burgués para comprender la historia —el extremo de las “grandes figuras” como autónomas creadoras de la historia y el de las “leyes naturales” del medio histórico— resultan igualmente impotentes, ya vayan juntos, ya separados, ante la esencia de lo radicalmente nuevo, que exige una dación de sentido, ante el presente.<sup>20</sup>

Vivir el presente como historia significa ver los dos términos como productos de la misma sustancia: la actividad material de los hombres, la praxis, las clases y sus luchas. Es así como aparece la historia en *El capital*, sobre todo en esta Iª. Sección: no como dato empírico del “pasado”, que si bien de ningún modo es excluido sólo puede contraponerse a un “presente” relativo y efímero, sino como *práctica*, como el movimiento real de las determinaciones expresado en la lucha de clases.

De ahí que no pueda haber ninguna alternativa entre teoría e historia, si lo que se busca es reproducir en el pensamiento una realidad que desde la partida se reconoce como histórica. La teoría no viene a ser más que la expresión abstracta del proceso histórico, *historia condensada*.<sup>21</sup> Por consiguiente la misma teoría debe estar en perpetuo devenir.

<sup>19</sup> Karl Marx. *Miseria de la Filosofía*. Editorial Signos, Buenos Aires; p. 104 y *El capital*. Tomo I; p. 99, nota 32: “[...] hubo una historia pero ya no la hay”.

<sup>20</sup> Gyorgy Lukács. *Historia y conciencia de clase*. Grijalbo, México, 1969; pp. 174-176.

<sup>21</sup> Véase de Engels su reseña a *Contribución a la crítica de la Economía Política*, especialmente la sección II, en Marx-Engels. *Escritos económicos varios*. Grijalbo, México, 1966. A este punto le es crucial la afirmación que son los hombres los que hacen la historia. Consecuentemente, la teoría es una teorización de la praxis.





## VI. Apariencia y fundamento

Esta dimensión histórica es la pista indispensable para deslindar entre el fundamento socio-histórico de una realidad y la apariencia *necesaria* que reviste.

La categoría que expresa la apariencia que adoptan los fenómenos sociales es el fetichismo, y denota la condición de “naturalidad” que las circunstancias adquieren en la conciencia de los hombres, ocultando que son ellos mismos quienes las crean históricamente a través de sus relaciones sociales objetivas.

A formas que llevan escrita en la frente su pertenencia a una formación social donde el proceso de producción domina al hombre, en vez de dominar el hombre a ese proceso, la conciencia burguesa de esa economía las tiene por una necesidad natural tan manifiestamente evidente como el trabajo productivo mismo (pp. 98-99).

Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado, ni intercambiarse por sí mismas. Tenemos, pues, que volver la mirada hacia sus custodios, los *poseedores de mercancías*. Las mercancías son cosas y, por tanto, no oponen resistencia al hombre [...] Para vincular estas cosas entre sí como mercancías, los custodios de las mismas deben relacionarse mutuamente como *personas* cuya *voluntad* reside en dichos objetos (p. 103).

Aquí, las personas sólo existen unas para otras como representantes de la mercancía, y por ende como *poseedores de mercancías*. Existen las unas para las otras sólo como representantes de la mercancía que poseen (pp. 103-104).

¿Cómo llega Marx a la categoría “fetichismo”? El desarrollo de las determinaciones que hemos intentado mostrar nos ofrece un despliegue teórico perfectamente consistente a través de la abstracción, pero en todo ello las relaciones sociales no están explícitas, y antes bien diera la impresión que son las cosas mismas las que se desplegaran en un movimiento automático inmanente e independiente de toda acción humana.

Esta imagen es la que conserva el marxismo estructuralista; de ahí su rechazo de la noción de “fetichismo” y de nociones inmediatamente ligadas a ella como la “alienación” y la problemática del “sujeto”. De este modo, quedará preso del mundo fetichizado. En lugar de asumir la lógica crítica de *El capital* termina asumiendo positivamente la lógica del capitalismo que *El capital* devela. Sin embargo, la clave para romper esta apariencia ha sido colocada desde el inicio: es la misma categoría del valor y la distinción que Marx establece con la *forma del valor* (Véase la 1a. sección del cap. I).

El valor no es una cualidad universal de los productos del trabajo, en contraste con sus determinaciones.

El carácter místico de la mercancía no deriva, por tanto, de su valor de uso. Tampoco proviene del contenido de las determinaciones de *valor*. En primer término, porque por diferentes que sean los trabajos útiles o actividades productivas, constituye una



verdad, desde el punto de vista *fisiológico*, que se trata de funciones del organismo *humano*, y que todas esas funciones, sean cuales fuesen su contenido y su forma, son en esencia *gasto* de cerebro, nervio, músculo, órgano sensorio, etc., *humanos*. En segundo lugar, y en lo tocante a lo que sirve de fundamento para determinar las magnitudes de valor, esto es, a la *duración* de aquel gasto o a la *cantidad* del trabajo, es posible distinguir hasta sensorialmente la *cantidad* del trabajo de su *calidad*. En todos los tipos de sociedad necesariamente hubo de interesar al hombre el *tiempo* de trabajo que insume la producción de los medios de subsistencia, aunque ese interés no fuese uniforme en los diversos estadios del desarrollo evolucion. Finalmente, tan pronto como los hombres trabajan unos para otros, su trabajo adquiere una forma *social*.

¿De donde brota, entonces, el carácter enigmático que distingue al producto del trabajo no bien asume la *forma* de mercancía? Obviamente, de esa forma misma (pp. 87-88).

Si bien, en cualquier época histórica los productos provienen del empleo de las facultades humanas, de su desgaste, y que dicho desgaste se efectúa siempre por un tiempo limitado,<sup>22</sup> y bajo una forma *social*,<sup>23</sup> los productos del trabajo asumen la *forma* de mercancías sólo bajo determinadas condiciones históricas. Únicamente bajo condiciones particulares los productos aparecen como resultado de una actividad *privada* y los hombres parecen relacionarse entre sí sólo a través del intercambio de sus productos. Bajo estas circunstancias la condición social de poseer *valor* sólo puede ponerse de manifiesto en el *cambio*. *El valor es pues, inseparable de su forma, el valor de cambio* (pp. 89-90).

El carácter social de la producción queda oculto por la *forma privada* de los trabajos, por el hecho de aparecer y darse las relaciones sociales como relaciones entre particulares.<sup>24</sup> De ahí que, el trabajo aparezca expresado a través del valor de su producto, y el tiempo a través de la magnitud de ese valor (p. 98).

Esta apariencia es real; las apariencias existen, poseen una innegable materialidad, son dimensiones necesarias de los fenómenos reales. Este plano aparente de la realidad es lo que capta la economía burguesa.

[Las *categorías* de la economía burguesa son] formas del pensar socialmente válidas, y por tanto objetivas, para las relaciones de producción que caracterizan *ese* modo de producción social *históricamente determinado*: la producción de mercancías. Todo el misticismo del mundo de las mercancías, toda la magia y fantasmagoría que nimban los productos del trabajo fundados en la producción de mercancías, se esfuma de inmediato cuando emprendemos camino hacia otras formas de producción (p. 93).

<sup>22</sup> "Economía del tiempo: a esto se reduce finalmente toda economía [...] Economía del tiempo y repartición planificada del tiempo del trabajo [...] resultan siempre la primera ley económica sobre la base de la producción colectiva [...] Sin embargo, esto es esencialmente distinto de la medida de los valores de cambio... mediante el tiempo de trabajo" *Elementos fundamentales...* (op. cit.), p. 101.

<sup>23</sup> *El capital*, cap. VII y *La ideología alemana*, op. cit., pp. 19 y ss., y 28-38.

<sup>24</sup> Esta característica es fundamental para la comprensión de la "teoría del valor- trabajo". El trabajo crea "valor" cuando es trabajo privado, cuando los individuos se consideran entre sí libres e iguales. Véase, *Elementos...* pp. 179-184; *El capital*, p. 214; "carta de Marx a Engels", 8/1/68, y "Marx a Ludwig Kugelmann", 11/VII/68.



Marx expresa inequívocamente la *materialidad* de la ideología, pero en general esto no ha sido bien comprendido; más aún, ha sido sustituido por concepciones que atribuyen a la ideología un carácter “subjetivo” y que la despojan de su condición *necesaria* y de su existencia más allá de la conciencia inmediata de los hombres.

El descubrimiento científico [...] de que los productos del trabajo, en la medida en que son valores, constituyen meras expresiones, con el carácter de cosas, del trabajo humano empleado en su producción, inaugura una época en la historia de la evolución humana, pero en modo alguno desvanece la apariencia de objetividad que envuelve a los atributos sociales del trabajo. Un hecho que sólo tiene vigencia para esa forma particular de producción [...] tanto antes como después de aquel descubrimiento se presenta como igualmente definitivo ante quienes están inmersos en las relaciones de producción de mercancías, así como la descomposición del aire en sus elementos, por parte de la ciencia, deja incambiada la forma del aire en cuanto forma de un cuerpo físico (p. 91).

Así, la distinción entre la apariencia cosificada y los fundamentos objetivos de una época histórica se efectúa sobre el reconocimiento de la realidad de dicha apariencia, de su materialidad y que ella es *consustancial* a sus fundamentos: las relaciones sociales mismas abarcan también a las apariencias, las incluyen como dimensión de su propio ser. Este ángulo permite así mismo descartar todo intento de buscar relaciones causales *entre* apariencia y fundamento, y más bien conduce a verlas como aspectos dimensionales de la misma sustancia: la praxis histórica de los hombres socialmente relacionados.

Por otro lado, disipa toda identificación de estos planos con la imagen de “base y superestructura”, según la que ésta correspondería con las apariencias y aquélla con los fundamentos.<sup>25</sup> Hemos visto por el contrario que hay una teoría de las apariencias de la economía, dada por la economía burguesa; así como también la conciencia subjetiva es la apariencia de la ideología. La distinción “base y superestructura” corresponde a otro plano e incluso posee un estatus teórico diferente, del que no podemos ocuparnos ahora.

La unidad entre apariencia y fundamento es una dimensión más de la *totalidad*. Y su importancia no es simplemente “epistemológica”. Las consecuencias de la distinción entre valor y forma del valor son fundamentales en el plano político, pues revierten en la posibilidad de abolir la ley del valor. Si la visión de la realidad se detiene en la forma del valor (de la que el precio es su expresión en dinero) o si confunde a ésta con el valor mismo, al figurar como propiedad natural de las cosas, cierra las puertas a toda superación histórica. De ahí la proyección revolucionaria del método de Marx.

---

<sup>25</sup> Eugenio Trías concibe así al materialismo histórico, y por eso desarrolla otro “esquema” que se sitúa “fuera de la problemática materialista y de su corolario monista y ‘totalitario’” (*sic*). Eugenio Trías. *Teoría de las ideologías*. Ediciones Península, Barcelona, 1970, cap. 6.



Alcanzar un nivel que trasciende las apariencias a la vez que las recupera será lo que permita, por ejemplo, eludir el riesgo del “determinismo tecnológico” de la sociedad industrial. Como se muestra en el cap. XV, la máquina se desarrollará no por razones técnicas sino por exigencias económicas de la acumulación capitalista. Estas son las bases teóricas para fundamentar el deslinde entre el capitalismo —bajo cualquiera de sus formas— y el socialismo.<sup>26</sup>

Por eso, considerar las determinaciones, pero sin verlas como *determinaciones históricas de una praxis histórica* equivale a proyectar al dominio de la economía sobre los hombres en cualquier sociedad posible, y a negar la factibilidad de una situación radicalmente inversa: el control de los hombres sobre la economía y sobre la marcha de la sociedad en su conjunto. Significa quedar preso dentro de los límites de lo dado, de lo existente,<sup>27</sup> de las mistificaciones de la sociedad capitalista.

### El “método” de Marx: a modo de síntesis

- I. El método se manifiesta primariamente como la forma de ir develando el objeto. Se trata de un “orden” de exposición. Pero en modo alguno es un orden formal —por ejemplo, planteamiento del problema, subdivisión en partes o capítulos, análisis, conclusiones. Por el contrario, es un orden que emerge del encadenamiento real de las determinaciones y que permite dar cuenta de la materialidad propia a cada una de ellas; hemos procurado mostrar esto en lo que respecta a la forma del valor y las funciones del dinero. Es un orden *sustantivo*, determinado por el mismo contenido —el objeto— que se examina. Este es el *método de exposición*.
- II. El contenido que es expuesto se obtiene y se desarrolla mediante *un proceso de abstracción*. Esta es la herramienta fundamental del método de investigación: desentrañar *en* los fenómenos empíricos los elementos subyacentes, los fundamentos de los fenómenos reales. Partir de las apariencias, de lo “concreto representado”, para regresar a ellas pero transfigurándolas, trasmutándolas en su significado gracias a esos fundamentos, que permiten convertir la empiria puramente descriptiva —y en ese sentido, abstracta— en lo concreto como “síntesis de múltiples determinaciones, unidad de lo diverso”.

Esta materia “teórica” no está constituida por conceptos, por construcciones especulativas más o menos controladas por una imaginación inteligente. Por el contrario, la abstracción encuentra niveles no aparentes de la realidad a partir de lo aparente. Debe recordarse que la realidad es el conjunto de lo aparente y lo no aparente; en ese sentido el término “esencia” en sus usos corrientes conduce a ver la

<sup>26</sup> Ver la carta de Marx a Kugelmann del 17 de marzo de 1868.

<sup>27</sup> Véase, K. Kosik, *op. cit.*, pp. 125-135. El tema roza el problema de voluntarismo y determinismo. Paul Sweezy da sugerentes observaciones al respecto en “Lessons of Soviet Experience”, incluido en Sweezy y Bettelheim. *On the Transition to Socialism*. Monthly Review Press, 1971; especialmente pp. 88-90.



aparición como algo superfluo, y no como una dimensión inherente de la realidad histórica.

La abstracción es por lo tanto el método que permite ir encontrando y encadenando el contenido. Esto desborda toda metodología positivista. El positivismo no puede llegar a nada más que a ciertas recomendaciones formales —sin entrar nunca en el contenido— sobre las definiciones de los conceptos, a postular la distinción cortante entre aspectos o dimensiones de éstos, a buscar definiciones operacionales unívocas —unidimensionales— etc., todo lo cual se hará más exigente mientras el interés por el *manejo* de datos y hombres (tecnocracia y burocracia, respectivamente) predomine más y más sobre la necesidad de *comprensión* de la sociedad y la consiguiente iluminación histórica de la praxis.

Una vez contruidos los conceptos —con la ayuda de una especulación y una imaginación controladas por lo dado y el “sentido común”— la ciencia positivista formula proposiciones que pasa a “verificar”. Aquí entran los problemas de operacionalización, confiabilidad, validez; métodos como la construcción de tipos, el método comparativo, la aplicación de modelos causales; las inferencias: deducción e inducción, etc.

Hemos visto que el desarrollo de *El capital* no se basa en ninguno de estos métodos. Tampoco los excluye. Sin embargo, su incorporación eventual sólo puede darse subordinada al despliegue del pensamiento sobre el objeto, movimiento éste que sólo se encuentra en un pensamiento dialéctico.

El “método” dialéctico tiene como su característica más inherente la condición dinámica de su teoría: el movimiento del pensamiento, en tanto que es consustancial al movimiento de la realidad. En su expresión más plena esta correspondencia se expresa en la unidad de teoría y práctica.

Queda claro que Marx sitúa su tarea sobre el terreno de la historia, y que ésta interviene activamente en el desarrollo del pensamiento. Sin embargo, no interviene como “dato”, como elemento de “verificación”. En Marx se encuentran así mismo diversas alusiones a la comparación como poderoso instrumento de ayuda al conocimiento, pero en ningún caso se trata del “conocimiento” que pueda surgir por el simple contraste de datos empíricos de realidades diferentes, o por contrastar conceptos tipo (por ejemplo, tipos ideales) con varios casos históricos o secuencias de acontecimientos singulares.<sup>28</sup> La comparación en él siempre tiene lugar entre totalidades, y el contraste permite comprender mejor la conexión *interna* de las

---

<sup>28</sup> Todos estos procedimientos son postulados por Max Weber en sus ensayos metodológicos, especialmente en “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, pp. 75-95 y “Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura”. En *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu, Buenos Aires, 1973; esp., pp. 150-174.



determinaciones de *cada* totalidad.<sup>29</sup>

Esta conceptualización de los fenómenos como recíprocamente referidos, inherente a una perspectiva dinámica y totalizante —dialéctica—, proporciona un andamiaje complementemente diferente para estudiar la historia como encadenamiento de acontecimientos, como “historiografía”.

III. Lo que caracteriza a cualquier perspectiva historiográfica, incluyendo todas las corrientes que sólo ven en la historia la sucesión de acontecimientos únicos y niegan la posibilidad de teorizarla, es que las conexiones buscadas son conexiones externas entre los hechos. La diferencia no es tanto entre hacer una historia a base de “grandes hombres” o a base de grupos con un carácter de clase más o menos determinado.<sup>30</sup> La verdadera distinción se opera entre: a) La referencia recíproca de los hechos en su pura y simple concatenación empírica, lo cual conduce a una historia en un solo plano sobre el que corren muchas líneas paralelas y entrecruzadas de acontecimientos, y b) la articulación entre los hechos y sus protagonistas en sus encadenamientos empíricos, pero desentrañando la unidad interna que poseen, su *sentido histórico*, develando lo que tales condiciones de existencia, procesos o acontecimientos, expresan en cuanto que son condensación de múltiples determinaciones.

Este último es el tipo de historia que encontramos en *El capital*, especialmente en los capítulos “La jornada de trabajo” y “Maquinaria y gran industria”. *Los factores que determinan la tasa de plusvalor* —el tiempo de trabajo, su intensidad, la productividad, cuya síntesis teórica se opera en la parte V, esp. cap. XVII— se revelan como *los campos inmediatos de acción y combate de las clases*, incluyendo los diversos grados y contenidos de *conciencia* que los protagonistas de clase poseían en dichas circunstancias. Así, los cursos empíricos de acción y sus interacciones cobran sentido pleno a través de las determinaciones que los conectan internamente.<sup>31</sup>

La gran mayoría de intérpretes de *El capital* han pasado de largo frente a la unidad entre historia y teoría que en él se encuentra: entre las clases en su existencia cotidiana y sus luchas, y las determinaciones y el movimiento de éstas que *aquellas*

<sup>29</sup> “[...] confió en que mi obra contribuirá a eliminar ahora ese tópico del llamado cesarismo, tan corriente, sobre todo ahora, en Alemania. En esta superficial analogía histórica se olvida lo principal: en la antigua Roma la lucha de clases sociales se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres pobres, mientras la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban un pedestal puramente pasivo para aquellos luchadores [...] la diferencia de las condiciones materiales, económicas de la lucha de clases antiguas y moderna es tan radical, que sus criaturas políticas respectivas no pueden tener más semejanza las unas con las otras que el arzobispo de Canterbury y el pontífice Samuel”. Karl Marx. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Prólogo del autor a la 2ª edición.

<sup>30</sup> *Ibíd.* Ver las referencias a Víctor Hugo y Proudhon. En la sociología latinoamericana *Dependencia y desarrollo en América Latina* de Cardoso y Faletto es una historiografía a base de grupos de clase. *Subdesarrollo y revolución* de Rui Mauro Marini analiza la crisis brasileña de 1964 intentando colocar la dinámica de clases en relación teórica sistemática con las determinaciones y contradicciones que le subyacen.

<sup>31</sup> Así, la consustancialidad contradictoria entre capital y trabajo fundamenta las relaciones empíricas contingentes entre obreros y capitalistas, si bien éstas no asumen abiertamente dicho carácter en todo momento y lugar.



revelan (por ejemplo, cap. X). Esta miopía ha llevado tantas veces a lamentarse que Marx no completara el capítulo sobre las clases (Tomo III, cap. LII), como si sólo ahí se hablara de ellas... Habrá que volver sobre este punto en otra oportunidad.

En fin, no hay método que pueda traerse por afuera del contenido para “aplicárselo”, no hay teoría por afuera de la historia, no hay conocimiento históricamente significativo por afuera de las clases y sus luchas. En ese sentido, para Marx y el marxismo, el capitalismo no es como dijimos, un “objeto de estudio”. Por tanto, los propósitos del conocimiento no pueden ser otros que develar la realidad hasta descubrir sus fundamentos más recónditos. El “método” no es más que el proceso necesario para conseguir este propósito.

**Cómo citar esta entrevista:**

Rochabrún Silva, Guillermo. ¿Hay una metodología marxista?: a partir de la primera sección de El capital. *Revista Electrónica Construyendo Nuestra Interculturalidad*, Año 5, N°5, vol. 4: 1-23. 2009. Disponible en: [http://www.interculturalidad.org/numero05/docs/03c02-Hay\\_un\\_metodo\\_marxista\\_a\\_partir\\_de\\_El\\_Capital-Rochabrun,Guillermo.pdf](http://www.interculturalidad.org/numero05/docs/03c02-Hay_un_metodo_marxista_a_partir_de_El_Capital-Rochabrun,Guillermo.pdf)

